

nuevamente bajo el yugo de aquella mujer, llamaron en su ayuda para ir contra ella al rey Clotario II: al frente de ellos estaban Arnoul, obispo de Metz, y Pepino, los dos antecesores de los Carlovingios, cuyos nombres aparecen ahora por vez primera en la historia. Clotario avanzó hasta Andernach sin hallar resistencia; sin embargo, Brunequilda logró levantar un ejército contra él y le obligó a replegarse en las márgenes del Aisne. Iba a empeñarse la batalla cuando, a una señal convenida, los señores borgoñones volvieron grupas y abandonaron a su reina; ésta trató de refugiarse en Borgoña, pero perseguida de cerca por el rey de Neustria, fué cogida en su quinta de Orbe, a orillas del lago de Neuchatel, y llevada a Reneve-la-Vingeanne (1), a presencia del nieto de Fredegunda. Dos de sus bisnietos fueron ejecutados; otro se salvó gracias a la circunstancia de ser Clotario su padrino, y en cuanto al cuarto, huyó sin que jamás se supiera qué había sido de él. Brunequilda fué torturada por espacio de tres días; montada en un



Moneda de Thierry II. (Oro.)

613 camello, en señal de oprobio, hubo de sufrir los ultrajes del ejército, y finalmente le ataron por los cabellos, por un brazo y por un pie a la cola de un caballo, y dando a éste algunos latigazos le hicieron emprender veloz carrera: al poco rato, el cuerpo de la reina habíase convertido en una masa informe (613).

Brunequilda se nos presenta como la figura más notable de aquella terrible época. Honrada en su vida privada, incapaz del crimen que se le imputó de haberse complacido en la vida licenciosa de sus nietos para reinar en su lugar, poseyó cualidades de hombre de Estado y tuvo una política. Quiso mantener intactos los derechos del rey contra la aristocracia, reivindicando la libre elección de los funcionarios y exigiendo de éstos fidelidad; trató de salvar los últimos restos de los impuestos romanos haciendo renovar el catastro en las ciudades, a fin de aliviar a los pobres y someter a los ricos al tributo público; exigió el servicio militar a todos los que debían prestarlo, levantando en la misma Germania ejércitos para la causa real; administró a todos justicia equitativa, sin que a los poderosos les valiera su rango elevado, é intentó acabar con la funesta costumbre de los repartos, substituyéndola con el derecho de primogenitura.

Respecto de la Iglesia observó una conducta deferente, pero enérgica; hizo donaciones a los obispados, construyó algunas abadías, como las de Saint-Vincent de Laón, Saint-Martin de Autún y acaso también Saint-Martin de Metz y sostuvo una correspondencia bastante activa con el papa Gregorio *el Magno* (590-604), reanudando de este modo las relaciones entre el reino franco y la corte de Roma. Gregorio le envió reliquias y a petición suya confirió el palio al obispo de Autún, Syagrius (2), y otorgó a Virgilio de Arlés el título de vicario

(1) Cantón de Mirebeau, distrito de Dijón (Côte-d'Or).

(2) El palio es una ancha cinta de lana blanca adornada con

pontificio; le rogó que tomara bajo su protección los patrimonios de la Iglesia romana situados en la Galia; le recomendó a los misioneros que, atravesando el estrecho, iban a convertir a los anglo-sajones paganos; contó con ella para reformar la Iglesia franca y no le escatimó las alabanzas. Pero Brunequilda, aunque escuchaba respetuosamente los consejos del pontífice, quería que así los obispos como los señores laicos estuvieran sometidos a su propia autoridad; disponía a su antojo de las sedes episcopales, que a menudo daba a los laicos, y reivindicaba como un derecho del Estado la vigilancia de los monasterios. El célebre misionero Colombán quiere un día prohibir a los funcionarios reales la entrada en el monasterio de Luxeuil y se deshace en quejas contra el despotismo del rey; Thierry, siguiendo los consejos de Brunequilda, le hace prender y lo manda desterrado a Besanzón. Vuelto a Luxeuil, de nuevo es sacado Colombán de su monasterio y conducido con buena escolta a Nantes, desde donde piensan enviarlo a Irlanda; pero habiendo logrado escapar, refúgiase en el reino de Teodeberto y evangeliza a los alamanes que habitan alrededor del lago de Constanza. Cuando Thierry y Brunequilda conquistaron aquel reino, Colombán, no considerándose seguro en aquellas regiones, marchóse a Italia, en donde terminó sus días.

Como todos los grandes príncipes, Brunequilda es aficionada a edificar. La leyenda le atribuye la construcción de cierto número de castillos, pero por lo menos algunos de estos monumentos se remontan a la época romana, por ejemplo la torre de Brunequilda de Cahors y el castillo de Brunequilda de Vaudemont (Lorena). La reina de Austrasia fomenta también el comercio y conserva las grandes vías romanas que todavía en algunas comarcas se denominan *calzadas de Brunequilda* ó *calzadas de la Reina*. En una palabra, esta mujer tuvo durante toda su vida por norma una idea y no exclusivamente caprichos y pasiones como la mayor parte de los bárbaros merovingios: quiso mantener, con el absolutismo monárquico, los principios de orden y de buena administración.

V.—Guerras de los francos contra los bretones y los vascos. Expediciones al exterior

Durante el período de 561 a 613, los reyes francos dieron de cuando en cuando tregua a las guerras civiles, ora para reducir a poblaciones no del todo sometidas, como los bretones y los vascos, ora para llevar sus armas a Italia, a España y a las llanuras germánicas.

Los bretones no cesaban de extenderse con detrimento de la población romana; el famoso jefe Waroch, por ejemplo, que se hallaba establecido en las inmediaciones de Vannes (3), acabó por apoderarse de esta ciudad que, a pesar de las intimaciones de Chilperico, se negó a devolver. En 578, el rey franco reunió un ejército en las ciudades, de Tours, Poitiers, Angers y del Mans, llamó en su ayuda a los sajones que habitaban junto a Bayeux y acampó a orillas del Vilaine. Waroc le infligió una gran derrota, a pesar de lo cual entabló negociaciones y se obligó a pagar tributo; pero en 579 reanudó sus

una cruz que se llevaba arrollada al cuello; era una insignia para- mente honorífica que no confería derecho alguno.

(3) Véase anteriormente pág. 287, nota 3.

devastaciones, llevándolas por un lado hasta Reims y por otro hasta Nantes y reproduciendo estas razas casi todos los años. La Bretaña pasó del poder de Chilperico al de Gontrán y luego al de Childeberto, quienes no fueron más afortunados que los reyes que les habían precedido. Esto no obstante, en el siglo VI volvemos a encontrar en manos de los francos la ciudad de Vannes que con Rennes y Nantes continuaron siendo los baluartes de la población romana contra las invasiones de los bretones celtas.

A principios del siglo VI habitaba al Sur de Pirineos una población que hablaba una lengua a ninguna otra parecida; eran los vascones ó vascos, restos de la antigua raza ibérica (1), que hubieron de soportar los ataques de los suevos y de los visigodos y que, sin duda para librarse de ellos, buscaron fortuna en la vertiente septentrional, en donde se sometieron, aunque de mal grado, a la dominación franca. Desde allí bajaban a menudo a la llanura llevando sus depredaciones hasta Burdeos, y los reyes organizaban de cuando en cuando contra ellos expediciones que por lo general no fueron afortunadas. En 581, el duque Bladasto, enviado por Chilperico, perdió la mayor parte de su ejército, descalabro que no logró vengar en 587 el duque Austrovaldo, general de Gontrán. En 602, los reyes Teodeberto y Thierry fueron contra los vascos y les impusieron tributo, pero les dieron un duque particular, sin duda un duque nacional, Genialis, con lo cual reconocían su independencia bajo la vaga soberanía de los francos. En el entretanto, los vascos han ido ganando terreno y se han extendido hasta el Garona, quedando la antigua Novempopulania convertida en Vasconia. Los vascos conservan en parte su carácter y sus costumbres y en el siglo IX todavía se les reconoce por su traje: «pequeña capa redonda, camisa de anchas mangas, pantalones ahuecados y botas con espuelas.» Más adelante veremos las consecuencias que para nuestra historia nacional tuvo este establecimiento de un nuevo pueblo en el Mediodía de la Galia.

Los ejércitos francos todavía visitaron varias veces Italia; pero los reyes ya no pensaban, como en tiempo de Teodeberto, en la conquista de la península, sino que obraban movidos únicamente por el afán del lucro y el deseo de la venganza.

En efecto, los lombardos que en 568 se habían establecido en las llanuras del Po no se habían detenido en la barrera de los Alpes, sino que en el primer impulso de la conquista habían atravesado los collados de las montañas, invadido la Provenza y el Valais y recogido rico botín. Gontrán, para combatirlos, recurrió al patricio Mummole, el cual les derrotó en 571 en Chamousses (2), al Norte de Embrún, en 572 destruyó en Estoublón (3), en la ciudad de Riez, a un cuerpo de sajones que habían emigrado con los lombardos, y en los años siguientes arrojó a éstos de la Crau, en el delta del Ródano, de Grenoble y de Embrún. Durante todos estos años, el territorio comprendido entre los Alpes y el Ródano hubo de sufrir muchísimo, así es que se comprende que

(1) Bladé, *Les Vascons avant leur établissement en Novempopulanie*, Agen, 1891.

(2) Municipio de Chateauroux, cantón y distrito de Embrún (Altos Alpes).

(3) Cantón de Mezel, distrito de Digne (Bajos Alpes).

los reyes francos aceptaran con entusiasmo el ofrecimiento que les hicieron los emperadores bizantinos de guerrear juntos contra los lombardos.

Las relaciones entre los reyes francos y Constantinopla habían continuado siendo corteses desde el año 561: Sigeberto había enviado diputados a Justino II; Chilperico estuvo en constantes relaciones con Tiberio, el cual le envió, entre otros presentes, medallas de oro de gran módulo; y el sucesor de éste, Mauricio, reanudó los planes de Justiniano soñando con la restauración del Imperio y llamando para que le ayudaran a ir contra los lombardos a los francos y en particular al rey de Austrasia Childeberto. Este, a quien Mauricio dió 50.000 sueldos de oro a fin de que expulsara a los lombardos de la península y además le adoptó como hijo, pasó en 584 los Alpes; los lombardos se refugiaron detrás de las murallas de sus plazas fuertes, y el valle del Po fué cruelmente devastado. Al fin los lombardos ofrecieron también dinero, y el rey franco, que cobró de las dos partes, se retiró; el emperador reclamó las cantidades que había entregado, pero Childeberto, «confiando en su poder, ni siquiera se dignó contestar.»

En varias ocasiones, sin embargo, volvió a Italia, pues cada vez que se consolidaba la paz con Gontrán verificaba una excursión a la península: allí le encontramos en 585 después de la derrota de Gondovaldo, en 588 después del pacto de Andelot, y nuevamente en 590; pero todas estas expediciones fracasaron, ora a causa de disensiones que estallaron en el ejército, ora por no haber sabido combinar sus esfuerzos los francos y los bizantinos, ó porque los soldados se vieron diezmados por las enfermedades. En vano el emperador Mauricio reprendió con dureza al joven rey: «Si es verdad que deseas mantener la antigua concordia entre los francos y el pueblo romano, nos admira que tus actos hayan respondido tan poco hasta ahora a tus protestas de amistad, reiteradas en tus cartas, confirmadas por los obispos y garantizadas por terribles juramentos... Si realmente deseas nuestra amistad, deseamos que obres sin tardanza; no basta proclamar esta amistad con palabras, sino que es preciso que las palabras se cumplan virilmente cual a un rey corresponde.» Pero Childeberto no le hizo ningún caso y no se movió, quedando suspendidas las expediciones francas a Italia hasta el día en que el papa Esteban II hará un solemne llamamiento al rey Pepino.

Desde 561 a 585, los francos vivieron en paz, según parece, con los visigodos de España, dueños de la Septimania. Las alianzas que a las familias de los reyes unían parecían asegurar la amistad de ambas naciones; pero en 585 Gontrán, afectando gran celo por la ortodoxia, rompió de pronto las hostilidades contra aquel pueblo que se mantenía arriano. Uno de los ejércitos enviados por él se apoderó de Carasona, mientras el otro sufría un fracaso delante de Nimes; y uno y otro hubieron de retirarse ante el príncipe Recaredo que tomó el castillo de Ugernum (Beaucaire). En esto, fué Recaredo proclamado rey de los visigodos (586), y habiendo abjurado el arrianismo y obligado a sus súbditos a abrazar la ortodoxia, esta conversión anunció la de los lombardos. Se acercaba, pues, la victoria del catolicismo en todo el Occidente. Esto no obstante, Gontrán perseveró en su actitud hostil, prohibió toda relación entre sus vasallos y la Septimania y en 589 aun realizó una nueva incur-

sión en aquel país y consiguió apoderarse por segunda vez de Carcasona. Sin embargo, la Septimania quedó en definitiva en poder de los visigodos y hubo de sufrir con España la dominación árabe, siendo preciso esperar el advenimiento de los Carolingios y el reinado de Pepino para que aquella hermosa región del Bajo Langüedoc formara parte del reino franco.

En tiempo de los hijos de Clotario, los pueblos germánicos permanecieron, al parecer, fieles á los francos á quienes pagaron regularmente su tributo. Los eslavos, establecidos detrás del Elba y del Saale, no eran todavía terribles; pero á principios del siglo VI cayó sobre Europa una segunda invasión de asiáticos. Los avaros, población emparentada con los hunos, llevando por delante inmensos rebaños, amenazan la Germania y en 562, al tener noticia de la muerte de Clotario I, invaden la Thuringia; pero son derrotados por Sigeberto á orillas del Elba. En 566 vuelven á la carga y esta vez Sigeberto es derrotado y hecho prisionero; sin embargo, con sus presentes y sus buenas palabras conquista á sus enemigos y aun firma un tratado con su jefe, el kakhán. Los avaros se juntan en la cuenca del Theiss con los restos de los hunos y ocupan en el Danubio medio una parte de los territorios que la marcha de los lombardos á Italia ha dejado vacantes, después de lo cual permanecen tranquilos hasta el reinado de Teodeberto y de Thierry. En 596 invaden nuevamente la Thuringia, y Brunequilda, que en aquel momento lucha con grandes dificultades, les da dinero para que se retiren. En los años siguientes, los historiadores no hacen mención alguna de los avaros, quienes terminan sin duda su establecimiento en la Pannonia. Más adelante, Carlomagno dará buena cuenta de esta tribu.

Durante este período de 561 á 613, consérvanse intactas las fronteras del imperio franco, salvo algunas incursiones de los avaros en Thuringia y de los visigodos en el Mediodía. Pero el impulso conquistador de los francos ha cesado: las expediciones de Childeberto á Italia no tienen más objeto que el saqueo y sus efectos no son duraderos, y Gontrán fracasa en la Septimania. Los reyes sólo imperfectamente logran someter á los bretones y á los vascos.

En cambio, la guerra civil no tendrá tregua. En estas luchas fratricidas no hay grandeza, ni generosidad ni casi valor, y todos los medios se consideran buenos para triunfar del adversario. Chilperico se alía con los magnates de Austrasia contra Childeberto, con lo cual se convierte en destructor de la autoridad real cuyas prerrogativas reivindica, y Fredegunda crea «la costumbre de asesinar á los reyes.» Las guerras civiles destruyen la unidad del reino, lo dividen definitivamente en cuatro partes enemigas, Austrasia, Neustria, Borgoña y Aquitania, y son, con la disolución de las costumbres y con los crímenes, la verdadera causa de la decadencia de los Merovingios.

Estas luchas van acompañadas de las más espantosas devastaciones y traen como consecuencia el bandolerismo y la miseria. Los habitantes arruinados se refugian en los bosques, los cuales se desarrollan en detrimento de los campos, envolviendo en sus sombras las ruinas de ciudades y villas, y puestos fuera de la ley se convierten, á su vez, en bandidos y se dedican á desbalijar

á los viajeros. Gregorio de Tours refiere que dirigiéndose á Borgoña se vió atacado en los bosques inmediatos al Bebre por bandoleros á quienes puso en fuga invocando á San Martín. Otros de los que han quedado arruinados se alistan en la multitud de vagabundos y de mendigos que van pidiendo limosna de puerta en puerta. Y el número de estas gentes aumenta sin cesar con las hambres que desuelan aquella población y con las epidemias que sobre ella se desatan.

En 571, la peste (*lues inguinaria*) causa en Auvernia numerosas víctimas: «Como faltaban sarcófagos y ataúdes, enterrábanse en una misma fosa seis cuerpos y hasta más. En un solo domingo contáronse trescientos muertos en una iglesia consagrada á San Pedro. La enfermedad mataba en dos ó tres días.» En 580, la disentería causó estragos en toda la Galia, lo que hizo creer á muchos en la existencia de algún veneno secreto. En 581, una nueva epidemia, la viruela, ocasionó innumerables víctimas. Los bosques y los pantanos multiplicaban las fiebres y la falta de higiene y de limpieza y la vida licenciosa favorecían la propagación de las enfermedades cutáneas, especialmente de la lepra, siendo encerrados ya los leprosos en hospitales especiales. Las enfermedades nerviosas abundan y á los santuarios célebres acuden los energúmenos que se creen perseguidos por demonios ó poseídos por animales inmundos y se revuelcan por el suelo echando espumarajos por la boca. De este modo aparecen todos esos males y todos esos contagios que tan triste aspecto dan á la Edad media.

Guerras civiles, bandolerismo, epidemias: tal es el resumen de este período de 561 á 613 en que zozobra la debilidad de los Merovingios. La raza de Clodoveo lleva ya impreso un estigma fatal. Un día el arzobispo de Tours, Gregorio, encontró en el vestíbulo de la villa real de Berny á Salvio, obispo de Albi; alejaronse un poco los dos amigos, y de pronto Salvio, designando aquella vivienda, preguntó: «¿Ves tú lo que yo distingo en aquel tejado?—Veo un palomar que el rey acaba de hacer construir, respondió Gregorio.—¿Y no ves nada más?—No, replicó el prelado creyendo que su compañero bromeaba. Si tú ves algo más, dílo.—Veo, repuso Salvio dando un gran suspiro, la espada de la cólera divina suspendida sobre esa casa.»

CAPITULO III

EL REINO FRANCO DESDE 613 Á 714

I. El reino franco durante los reinados de Clotario II y de Dagoberto I (613-639).—II. Los mayordomos del palacio en Neustria, Austrasia y Borgoña hasta la batalla de Tertry (639-687).—III. El principado de Pepino II (687-714).

I.—*El reino franco durante los reinados de Clotario II y de Dagoberto I (613-639) (1).*

Vencida y muerta Brunequilda, el hijo de Chilperico y de Fredegunda, Clotario II, que contaba treinta años, era dueño de la monarquía franca, desde los Pirineos hasta la desembocadura del Rhin, y allende este río eran tributarias las poblaciones germánicas que se ex-

(1) FUENTES.—La principal fuente es también la crónica llamada de Fredegario. Consúltense asimismo las *Gesta Dagoberti I regis Francorum*, editadas por Krusch en los *Scriptores rerum merovingicarum*, tomo II, pág. 396. Esta obra, como lo ha de-

tendían hasta el Elba. Pero Clotario, que no había sido más que un instrumento de la aristocracia, hubo de pagar el precio de la victoria, primeramente haciendo grandes concesiones á los señores y luego reconociendo una especie de independencia á la Austrasia y á la Borgoña.

En 10 de octubre de 614, reunióse en la basílica de San Pedro de París un concilio compuesto de 79 obispos que adoptó acuerdos importantes, y en la misma 614 fecha expusieron sus reclamaciones los magnates laicos, siendo aquéllos y éstas sometidos conjuntamente al rey. Clotario hizo algunas reservas acerca de ciertos puntos de importancia, pero cedió en cuanto al fondo de las peticiones. El célebre edicto de 18 de octubre proclama la libertad de las elecciones episcopales con algunas restricciones (1) y amplía la competencia de los tribunales eclesiásticos. El rey se obliga á no tomar bajo su especial protección á ningún clérigo sin la aquiescencia de su obispo, y á respetar los testamentos de los particulares en favor de las iglesias; suprime las tasas injustas y promete no percibir más derechos de aduanas que los que estuvieron en uso en tiempo de Gontrán, de Chilperico y de Sigeberto. Los condes han de ser elegidos en el territorio mismo cuya administración se les confía; más adelante veremos cuáles fueron las consecuencias de esta medida, así como nos ocuparemos también del artículo por virtud del cual se confirman todas las donaciones hechas por los reyes á los magnates (2). En lo sucesivo nadie podrá ser condenado sin haber sido oído. El rey se declara sometido á la ley: «Si alguien nos arrancase subrepticamente y engañándonos alguna concesión contraria á la ley, esta concesión no tendrá ningún valor.» Es verdad que el poder real es todavía muy grande, que el rey conserva la plenitud de su poder legislativo y que si limita su autoridad lo hace voluntariamente y por propio impulso; pero no lo es menos que la monarquía deja de ser absoluta como era en tiempo de Chilperico.

En el mismo momento acababa de desaparecer la unidad del reino. Las largas guerras civiles crearon evidentemente regiones políticas: á la Austrasia y á la Borgoña se opone en adelante el país llamado *Neuster*, que más tarde será la Neustria (3). Clotario hubo de

mostrado Krusch en las «Forschungen zur deutschen Geschichte,» tomo XXVI, pág. 163, es anterior á 832 y tiene cierto valor histórico. Las biografías de San Eloy (*Eligius*), de San Ouen (*Audoenus*) y muy especialmente la de San Arnulfo (*Arnulfus*) nos proporcionarán algunos datos. Respecto de todas estas vidas de santos, véase Augusto Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, París, 1902.

OBRAS DE CONSULTA.—Las historias generales de la época merovingia citadas. Albers, *Koenig Dagobert in Geschichte, Legende und Sage*, Worms, 1882, segunda edición, 1884. Brosien, *Kritische Untersuchungen der Quellen zur Geschichte Dagobert I*, Gotinga, 1868. Krusch, *Zur Chronologie der Merowingischen Koenige* en las «Forschungen zur deutschen Geschichte,» tomo XXII, páginas 451-490. E. Vacandard, *Vie de Saint Ouen, évêque de Rouen*, París, 1901.

(1) Véase más adelante, capítulo V, párrafo 1.º

(2) Véase más adelante, capítulo V, párrafo 1.º

(3) Véase J. Servais, *La Neustrie sous les Merovingiens*, Turin, 1889. El sentido de la palabra *Francia* es todavía muy vago en la época merovingia, pues lo mismo se aplica á todo el reino franco que á una de sus regiones, designando indiferentemente la Neustria ó la Austrasia. Véase Bourquelot, *Sens des mots France et Neustrie sous le régime mérovingien*, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1865, págs. 567 y siguientes.

nombrar para cada uno de estos países un mayordomo del palacio especial, jefe de los funcionarios y de los magnates: Landri fué mayordomo del palacio de la Neustria, Radón de la Austrasia y Warnacario de la Borgoña; á este último el rey le juró que nunca sería desposeído del cargo. Hubo, pues, tres reinos bajo un solo rey. En cuanto á la Aquitania, explotada en común por los francos, está á punto de rebelarse.

La Austrasia, que desde el año 561 había tenido siempre un rey propio, no tardó en reclamar uno, pues los magnates sabían de sobra que sus probabilidades de obtener dignidades y riquezas aumentarían desde el momento en que tuvieran un soberano á ellos sometido. Clotario les envió en 623 á su hijo pequeño, Dagoberto, para que gobernara el país comprendido entre las Ardenas y las Faucilles; pero ni los austrasios ni Dagoberto se contentaron con este fragmento de reino, por lo que Clotario se vió obligado en 626 á resucitar el antiguo reino de Austrasia en toda su extensión é incluso la Champaña, conservando sólo para sí los anejos austrasianos de la Aquitania y de la Provenza.

Dos hombres ejercieron la autoridad en Austrasia en nombre de Dagoberto, un laico y un prelado: el primero, Pepino, respecto de cuyo origen no tenemos dato alguno, fué mayordomo del palacio en lugar de Radón; el segundo, Arnul, era obispo de Metz (4). Era este último de familia ilustre, pero todas las genealogías posteriores que le hacen descender, bien de los prelados de Metz sus predecesores, bien de los santos preclaros de Aquitania, son inventadas; ignórase asimismo el lugar de su nacimiento, pues la tradición que lo supone nacido en Lay-Saint-Christophe, cerca de Nancy, no tiene ninguna autoridad. Joven todavía, entró en el palacio del rey Childeberto II y fué «recomendado» (5) al mayordomo Gondulfo, habiendo completado en la corte su educación y aprendido el oficio de las armas. Después se casó y tuvo dos hijos, Clodoaldo, que le sucedió en el obispado de Metz, y Ansegiselo, á quien más adelante, cuando se habrá popularizado la leyenda de Troya, se denominará Anquises, abandonando luego la corte para ejercer en seis condados las funciones de administrador del real patrimonio (6). Habiendo quedado en aquel entonces vacante la sede de Metz, el rey Teodeberto puso en ella á Arnul, quien en un solo día recibió todos los grados de la clericatura (612). Con Pepino fué Arnul autor de la revolución que precipitó á Brunequilda y con él fué también, en nombre de Dagoberto, dueño de la Austrasia; pero en 627 se retiró al lado de su amigo Romarico, que había fundado un monasterio (7) en la montaña

(4) Véase la obra de Bonnell, *Die Anfänge des Karolingischen Hauses*, Berlín, 1866; y sobre todo *Die Regesten des Kaiserreichs unter der Karolingern*, antiguo trabajo de Böhmer completamente rehecho por Mühlbacher, segunda edición, Innsbruck, 1899, en el que están reunidos todos los textos relativos á los Carolingios. Véase Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, Stuttgart, 1896. Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, tomo VI: *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*.

(5) Respecto de la recomendación, véase más adelante, capítulo IV, párrafo 4.º

(6) Usó el título de *domesticus*. Véase más adelante, capítulo IV, párrafo 2.º

(7) Este monasterio se llamó posteriormente Remiremont, *Romarici mons*, del nombre de su fundador.